

Laura Ruth Yaser*

Heinrich Racker: 60 años ¿es nada?

En sus *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Racker comparaba la técnica clásica y la técnica que por entonces él llamó actual. Planteaba que en esos 60 años transcurridos desde las primeras formulaciones freudianas existían controversias entre distintos grupos analíticos en función del modo de interpretación y el empleo de la transferencia y, más aun, de la contratransferencia.

En ese momento, Heinrich Racker marcó un hito fundamental en nuestra disciplina. Su aporte trajo un cambio de perspectiva que llevó a que se dejara de considerar la contratransferencia como un mero obstáculo para pasar a entenderla como un valioso instrumento técnico. En lo dinámico, a su vez, también la descripción del fenómeno de la transferencia adquirió complejidad y, en lugar de ser vista solo como resistencia, se la comprendió como expresión de *la resistencia más lo resistido*.

Una inevitable consecuencia de este *giro* es que la técnica analítica evolucionó, trocando un entorno distante, intelectualizado y de desconfiada cautela en un ámbito donde se puede desplegar un vínculo analítico más cálido, empático y, especialmente, más fluido, porque –decía Racker– fue mucho lo que los psicoanalistas fueron comprendiendo en su teorización y en la clínica.

Hoy nos encontramos a 60 años de la publicación de estos conceptos, y resulta oportuno discutir acerca del valor y de la vigencia de su obra.

Los analistas que nos encontramos familiarizados con sus ideas tenemos en común los recuerdos y la revivencia del placer de haberlas estudiado, confirmando en la clínica la amplitud y profundidad del conocimiento que nos legara el joven maestro.

También 60 años transcurrieron desde entonces, haciendo aflorar la imagen de una gran biblioteca psicoanalítica que, naturalmente, abunda en tesoros que quedan relegados en algún rincón, a la espera de ser redescubiertos y rescatados del sepultamiento. Si bien somos muchos los psicoanalistas que les asignamos un valor de máxima relevancia a las ideas de Racker, también existe un importante sector que las discute o las ignora. Y esto conduce a preguntarnos: ¿Cuál es el motivo por el que una producción plena de erudición psicoanalítica permanece ausente en tantos ámbitos de discusión clínica? Racker fue un autor inmerso –él y, posteriormente, sus aportes– en los vaivenes de las ideologías y la política de las instituciones psicoanalíticas.

Carácter y destino

Sin necesidad de desmentir los postulados clásicos de la aritmética, la geometría o el álgebra, la física cuántica ha desplegado desarrollos extraordinarios; esta ciencia ha delimitado ámbitos en los cuales se opera bajo el modelo de la relatividad, sin desconocer que para construir un cohete o un ciclotrón es aún necesario recurrir a los conocimientos tradicionales de Euclides o de Newton. Esto evidencia que los conceptos, aun cuando aparentemente no se integren, en tanto mantengan su valor de verdad, tampoco se excluyen. De allí que sea necesario trabajar con ahínco a los fines de lograr una mejor explicación acerca de los nexos entre diferentes modelos.

Cierto consenso psicoanalítico pareciera moverse bajo la influencia de corrientes que interpretan la adhesión a las conceptualizaciones de determinado autor, a un cierto modelo de pensamiento o alguna particular técnica psicoterapéutica como una suerte de estancamiento en un paradigma caduco.

Freud (1911/1988) expuso que la entronización de una iglesia sobre las ruinas del templo de Diana testimonia el sepultamiento del culto anterior. Haddad (1990/1993), por su parte, describe la identificación con el texto y los autores preferidos como un fenómeno que, en una posición extrema, “excomulgaria” las teorizaciones previas. Aunque en la actualidad no se incineran los manuscritos de las antiguas “religiones”, observamos la desaparición de seminarios kleinianos o la disminución de oferta y afluencia a los seminarios freudianos, manifestaciones de esta tendencia al *sepultamiento*.

En *Fahrenheit 451* (Bradbury, 1953/2005), en un mundo que incinera y erradica los libros, surge un movimiento rebelde constituido por personas que al modo de “libros vivientes” mantienen la memoria de su contenido. De análoga manera, en el tejido del mundo psicoanalítico, la biblioteca y los expertos cumplen esta misión, trascendiendo modas e intentos de declarar caducos ciertos conocimientos.

Esta concepción acerca de la caducidad podría explicar –al menos en parte– la desestima que algunos analistas hacen de los aportes de Heinrich Racker, ya sea por considerar carentes de vigencia su léxico y su esquema de la “fantasía/impulso-ansiedad-defensa” o su descripción de la estratificación psicopatológica, en tanto se arraigan en el pensamiento kleiniano, una perspectiva que el consenso procuró relegar. Su singular manera de comprender el padecimiento también despierta reacciones encontradas; lo que para algunos constituye uno de los valores fundamentales en su pensamiento, para otros es una mera idealización del potencial de Eros.

El pensamiento y la clínica de Racker se caracterizan por su empatía. Su noción de la compasión es perfectamente discernible respecto de la lástima de un superior por un otro caído. Es, por el contrario, el profundo entendimiento de que la frustración constituye la matriz de todo sufrimiento y que la agresión y los sentimientos persecutorios devienen de esta carencia (Racker, 1957¹, pp. 276-277).

Para no consumirse, un organismo en estado de carencia genera el impulso hacia el objeto que satisfaría la necesidad, cancelando la excitación en su fuente. Racker emplea el término *Notwendigkeit*, que, traducido como “necesidad”, significa más precisamente “trastrueque de la miseria”. Esta carencia –o miseria– es el más primario dolor del sujeto, siendo las conductas psicopáticas, las defensas maníacas o las ansiedades paranoides algunas de las defensas que se estratifican para tramitar ese sufrimiento.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. Una versión reducida de este trabajo fue originalmente presentada en 1953 en una actividad de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

En nuestra época, empeñada en singularizar lo específicamente contemporáneo de nuestra clínica, valdría el esfuerzo discutir si en la conceptualización metapsicológica y estructural de la clínica hay, en la diversidad de las manifestaciones psicopatológicas, algo más que la profunda y fundamental carencia. Carencia de amor, de límites, de estructura.

Cuando Racker llegó a Buenos Aires en 1939, con 29 años, ya poseía una notable formación científica y cultural: músico, filósofo y pedagogo.

Emigrado a Viena por consecuencia de la Gran Guerra, observó cómo la misma comunidad judía local era poco hospitalaria con estos extranjeros con ropa y acento diferentes. Siendo un estudiante sobresaliente, un amante del fútbol y un brillante intérprete musical, tuvo que postergar su deseo de ser médico ante el declive económico, la enfermedad y la muerte de su padre en pleno ascenso del nazismo. Aun así, con 25 años, se doctoró en filosofía en la Universidad de Viena, ingresó el año siguiente al Instituto de Psicoanálisis e inició su análisis con Hans Lampl. A los 27 años ingresó a la Facultad de Medicina, pero al año siguiente, cuando los nazis invadieron Centroeuropa, debió escapar.

Tras un año de privaciones en Dinamarca, llegó a Buenos Aires, donde pese a sus escasos recursos económicos procuró reiniciar su formación psicoanalítica. Durante un año se analizó con Ángel Garma y luego con Marie Langer, quien relató que al conocerlo pensó que, a sus 32 años, “parecía un adolescente apasionado, que busca la verdad, atormentado, inteligente, honesto y con una gran fe en la bondad del hombre”. Racker vivió con gran intensidad, amor y humor, como si estuviese habitado por la secreta intuición de su final temprano. Entre 1943 y 1946 asistió a los seminarios en el Instituto de Psicoanálisis² de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), en 1947 fue designado adherente y en 1950 adquirió la función de titular.

Cuando Racker comenzó a pensar la contratransferencia, no existían casi trabajos al respecto y siquiera se vislumbraba aún su valor como instrumento técnico. Fideas Cesio explica que el primer trabajo sobre este tema escrito por Racker, “La neurosis de contratransferencia”, fue presentado en septiembre de 1948, un año antes de la publicación del trabajo de Winnicott “El odio en la contratransferencia”, de 1949, y dos años antes del de Paula Heimann, “Sobre la contratransferencia”, de 1950. Pero el hecho a destacar es que, a diferencia de estos otros autores, Racker continuó investigando y profundizando sobre el tema hasta constituir un verdadero corpus teórico y editar un manual técnico. Entre los más famosos de sus trabajos de esta etapa, citamos “Observaciones sobre la contratransferencia como instrumento técnico” (1952) y “Los significados y usos de la contratransferencia” (1953/1990c).

Su visión enfrentó resistencias proporcionales a su originalidad, pero su compromiso para que el concepto fuera cabalmente comprendido en su complejidad y profundidad trajo un notable adelanto para la teoría de la técnica psicoanalítica. En la APA, y luego en el psicoanálisis latinoamericano, el uso de este concepto fue haciéndose tan frecuente y natural que posiblemente se perdió de vista que la utilización técnica de la contratransferencia tal como nosotros la empleamos es una característica específica de nuestra institución.

Racker pensaba –en sintonía con la propuesta freudiana de que en nuestra esencia somos más bondadosos de lo que sospechamos y de que en cada quien hay una poderosa conciencia moral inconsciente y siempre activa– que el analista debe

mantener la conciencia de esa parte buena para ayudar al enfermo a integrarla y comprender mejor sus sentimientos de culpabilidad. También planteaba que en tanto la contratransferencia es la respuesta vivencial a la transferencia, el rechazo del analista a algunos de sus propios contenidos psíquicos obstaculiza su análisis y su labor, interfiriendo también en su propia vida y el desarrollo de su conocimiento. El análisis de estos contenidos permite al analista comprender el modo en que se corresponden los aspectos del paciente con otros suyos.

Con 50 años y poco antes de su temprana muerte, en enero de 1961, Heinrich Racker vivía un momento cumbre de su carrera psicoanalítica. Había recibido una de las mayores distinciones en el mundo psicoanalítico de aquel entonces: fue invitado como profesor visitante por la Menninger School of Psychiatry, lo que le daría la posibilidad de estudiar, escribir y enseñar en un período sabático. También había sido convocado a participar en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Edimburgo, en reemplazo de Hanna Segal, quien, a su vez, ocuparía el lugar dejado por Melanie Klein.

En un homenaje póstumo, Ángel Garma evocó que ni en sus más difíciles momentos Racker se dejó llevar por la amargura o la desconfianza, porque los contenidos buenos de su psiquismo le permitían seguir adelante. Solo en ocasiones, y entre amigos, aludía al chiste del judío que intenta llegar al establecimiento de salud en Karlsbad, y que por carecer de un pasaje es expulsado en cada control por el guarda del tren con golpes y puntapiés; el pobre judío vuelve a subir y cada vez recibe igual trato. Cuando le preguntan si cree que de ese modo podrá llegar a su destino, responde que intentará llegar “si su constitución se lo permite”. Dijo Marie Langer (Asociación Psicoanalítica Argentina, 1961) que el Karlsbad al cual llegó, con su físico vencido, fue ser aceptado por la APA, y que en esa oportunidad Racker escribió:

Así tuve dentro del marco modesto de mi talento, la oportunidad de crear, dedicándome a la investigación. Poder aliviar el sufrimiento de otros seres humanos, y aportar algo al conocimiento de cómo hacerlo, era lo que anhelaba desde mucho tiempo atrás y con particular intensidad. (p. 297)

Entre los escritos de Racker figura especialmente uno muy poco conocido, su libro *Psicoanálisis del espíritu*, compuesto por conferencias dictadas en múltiples ámbitos académicos; entre ellas, destaca “Carácter y destino” (Racker, 1956/1965). Allí, expone el entrelazamiento entre lo interno y lo externo, la mente y el cuerpo, el yo y el mundo, el carácter y el destino, planteando que la posición del individuo ante su destino deriva directamente del entrelazamiento entre *aquello que experimenta y el cómo lo hace*. Racker expone que los dioses regentes del destino humano cambiaron su morada y viven ahora en lo psíquico, personificados como pulsiones, instancias e identificaciones que determinan afectos, defensas y modos de proceder. Su conclusión es que todo conocimiento del mundo se basa en una proyección del yo –según qué se grita, responde el eco–.

El modo en que se percibe e interpreta la realidad determina la conducta, y esto a su vez incide sobre la realidad, modificándola o cayendo en una repetición tanática. Quien es incapaz de admitir en su conciencia su propio deseo de robar percibe el mundo plagado de ladrones, y frecuentemente confirma su concepto siendo robado. También planteó nuestro autor que existen quienes prefieren percibirse como malvados para poder interpretar que están rodeados de bondad. Cabría preguntarse si esta “bestia” –como llamó al cáncer hepático que se llevó su vida– no

2. Actualmente, Instituto Ángel Garma.

expresaría un aspecto negado de su ira impotente frente a sus dificultades, la persecución, el hecho de no haber podido alcanzar su deseado título de médico, sus privaciones y su lucha por dar validez y difusión a sus ideas.

Fidias Cesio relata que en 1985, cuando investigaba sobre la tragedia edípica³, se le reavivó el recuerdo del carácter trágico de Racker, aquel que lo había impulsado a la investigación de los fundamentos del psicoanálisis y de la contratransferencia. Lo recordó como el extranjero que hablaba un español germanizado, reflexivo, “pesado”, por la profundidad de las temáticas que abordaba, extraño en su contraste con la despreocupada actitud de los porteños. Un Racker aislado e incomprendido, ardiendo en el insatisfecho anhelo de comunicar lo valioso que tenía. Pocos meses antes de su muerte, se dedicaba al estudio psicoanalítico del antijudaísmo. La revivencia de la tragedia vivida en la Viena nazi, así como le ocurrió a Edipo en su curioso afán, lo llevó a ser personaje de su tragedia. Cesio nota que precisamente en esta instancia apareció el cáncer que lo llevó a la muerte.

La teoría de la técnica

Si se quisiera contar el “mito de la situación analítica”, podría comenzarse diciendo que el análisis es un asunto entre un enfermo y un sano. La realidad es que es un asunto entre dos personalidades cuyo yo está presionado por el ello, por el superyó y el mundo externo, cada uno con sus dependencias internas y externas, angustias y defensas patológicas, cada uno también un niño con sus padres internos, y respondiendo toda esta personalidad tanto del analizado como del analista a cada uno de los acontecimientos de la situación analítica. (Racker, 1953/1990c, pp. 230-231)

Las limitaciones técnicas que entorpecían la mejoría de los pacientes y el buen desarrollo del vínculo transferencial preocuparon especialmente a Racker. En este sentido, insistió en que la observación de las ocurrencias, los sentimientos y, especialmente, el posicionamiento del analista en relación con su paciente constituyen la clave para desarrollar la labor analítica. De este modo derribaba el mito del analista objetivo y aséptico, que desde la posición de observador impasible observa a su paciente. Racker planteó que el intento de encarnar ese rol, basado en la idealización de una presunta objetividad analítica, conduce a la represión y el bloqueo de la subjetividad; alegó incluso que el analista que no se entrega es como una mujer frígida que no da amor (Racker, 1959/1990a, pp. 50-51). En el otro extremo estaría el “hundimiento” en la contratransferencia, reacciones emparentadas con la actuación o con lo que ahora conocemos como *enactment*, donde naufraga la abstinencia y suele aparecer la confesión contratransferencial.

Racker (1953/1990c) consideró que la genuina objetividad consiste en una posición frente a la propia subjetividad, basada en una forma de desdoblamiento interno “que capacita al analista a tomarse a sí mismo (su propia subjetividad o contratransferencia) como objeto de observación y análisis continuo” (p. 231).

Respecto a la dinámica de la transferencia, aclaró que no solo se trata de una resistencia, sino también de lo resistido, en tanto esta vuelve a presentar en escena los sentimientos y conflictos dirigidos a los primeros objetos de amor, ahora desplazados en la persona del analista (Racker, 1958/1990d, pp. 79-81). “Repetir en lugar de recordar” adquiere nueva luz cuando señala que lo que no es evocado en la conciencia por medio de representaciones se presenta como defensas del yo en oposición respecto de ciertos impulsos, o también bajo la fachada de recuerdos encubridores que desplazan aquello rechazado.

La concentración espontánea de libido en el analista se debe, por un lado, tanto a la necesidad libidinal como a la compulsión a la repetición y, por el otro, al rechazo a la emergencia de antiguos deseos y conflictos. Esta recolección de transferencia no es *creada* por el análisis, simplemente se despliega, ya está allí. Y el analista cumple una doble función: es intérprete y objeto de los procesos inconscientes. Aunque colabora en la creación de la transferencia, igualmente muestra al analizado su carácter inadecuado. Esta revivencia de los antiguos conflictos es lo que Racker denominó neurosis de transferencia.

En su conceptualización es permanente y categórica la noción de correspondencia entre los aspectos inconscientes del analizado y los del analista. Por ello no es concebible el análisis de la neurosis de transferencia sin complementarlo con la neurosis de contratransferencia.

Racker consideró que la primera de las tareas fundamentales del analista es aprehender o intuir el inconsciente de su analizado –sus impulsos, resistencias y transferencias inconscientes– para comprender sus situaciones de conflicto irresueltas. El instrumento idóneo para alcanzar este fin es el propio inconsciente, y evoca la expresión medieval: “solo lo igual puede conocer lo igual”. Dirá Racker (1958/1990d) que “solo puede captarse el inconsciente de otro en la medida en que la propia conciencia está abierta a los propios instintos, sentimientos y fantasías” (p. 31). La captación de los impulsos, los afectos y las defensas del paciente es obstaculizada cuando en el analista resuenan contenidos similares rechazados por él, una contrarresistencia. En esta circunstancia, la contratransferencia, en tanto respuesta interna del analista, se desliza en una vertiente neurótica. A diferencia de quienes engloban la contratransferencia como lo no analizado del analista, Racker la definió como neurosis de contratransferencia.

Con énfasis insistirá Racker en que solo puede intuir en el paciente aquello que el analista ha aceptado dentro de sí como algo propio y que, por tanto, puede ser reconocido en el otro “sin angustia ni rechazo”. La posibilidad de analizar en sí mismo sentimientos de angustia, fastidio, desesperanza o culpa, que el analizado induce inconscientemente en el analista, permite romper el círculo vicioso en el que la neurosis de transferencia intenta cercar el empeño analítico, modificando con ello –a partir de los aspectos positivos de la contratransferencia– la transferencia misma.

Sobre la clásica distinción de la contratransferencia como distorsión, Heinrich Racker (1948/1990b) planteó que el psicoanalista “sabe muy bien que tampoco él está plenamente libre de dependencias infantiles, de representaciones neuróticas de objeto y sujeto, de mecanismos patológicos de defensa” (pp. 184-185). La neurosis de contratransferencia se centra en el complejo de Edipo, al igual que la neurosis de transferencia, en la que se proyectan en el analista determinados objetos amorosos; en el analista, determinados rasgos de sus pacientes puedan prestarse para encarnar aspectos de lo que lleva preformado en sí en tanto situación edípica interna. Racker cita sin tapujos situaciones en las cuales la frustración en la aspiración del analista por conseguir el enamoramiento o simplemente la transferencia positi-

3. Cesio plantea una diferenciación entre la psiconeurosis y la actualneurosis. La primera se relaciona con el complejo de Edipo, decantación de la relación con los padres de la historia personal y sucesivas identificaciones, cuenta con ligadura a representaciones-palabra y una vez sorteada la represión es accesible a la interpretación. A diferencia del material psiconeurótico, el material actual (actualneurosis) no aparece ligado con las representaciones-palabra, es decir, no se representa, sino que se presenta in actu, irrumpiendo en la sesión psicoanalítica como afección o letargo. Constituye una manifestación de lo arcaico heredado que persiste en el yo como una formación primordial, resultante de la identificación directa con los ancestros –conocida como núcleo prenatal o yo ideal–, cuyos retoños afloran como representaciones cadavéricas o escatológicas, manifestaciones somáticas o de angustia, actuaciones, accidentes o situaciones trágicas.

va de un analizado puede provocarle rechazo u odio. También refiere la emergencia de celos o envidia respecto de los vínculos que algún analizado pueda establecer por fuera del campo transferencial, sentimientos que podrían corresponderse con la dificultad de ciertos padres para soltar a sus hijos y que, analizados, se traducirían como un deseo de no curar.

Racker fue pionero en la descripción de la dinámica implícita en numerosas situaciones clínicas, poniendo en evidencia el modo en el cual la respuesta del analizado a la interpretación permitiría comprender el posicionamiento de este último frente a sus primeros objetos, tanto en lo edípico como, incluso, en la fase femenina de este. Respecto de la interpretación, señaló que la misma debería contener no solamente la descripción de lo reprimido, sino que también –a los fines de evitar su rechazo o desestima– debería hacer explícitos los motivos por los cuales los contenidos inconscientes habrían sido rechazados.

También, más allá del posicionamiento edípico del analista, Racker se refirió a los afectos en la contratransferencia, discerniendo una identificación concordante con el yo y el ello de su analizado y, además, una identificación complementaria con sus objetos internos –especialmente superyóicos–, posición que contiene el potencial riesgo de inducir actuaciones. La precisión de sus descripciones respecto de los aspectos neuróticos, maníacos o masoquistas del analista le acarrió la antipatía de muchos colegas y movilizó importantes resistencias, llegando a murmurarse que a aquel muchacho “le faltó análisis”.

Pero la fundamental conclusión que surge, me parece, con el estudio de sus escritos es la postulación del empleo de la contratransferencia no solo como instrumento técnico, sino como aquello que hace a la ética del psicoanálisis: el analista necesita analizarse permanentemente para analizar a otros.

¿Es Racker actual?

El proceso analítico de transformación depende [...] de la cantidad y cualidad de eros que el analista puede movilizar por su analizado.

Es una forma específica de eros, es el eros que se llama comprensión, y es, además, una forma específica de la comprensión.

Es, ante todo, comprensión de lo rechazado, de lo temido y odiado en el ser humano, y esto gracias a una mayor fuerza de lucha –una mayor agresión– contra todo lo que encubre la verdad, contra la ilusión y la negación; en una palabra: contra aquel temor y odio del hombre contra sí mismo y sus consecuencias patológicas. (Racker, 1958/1990d, p. 55)

Racker se encontrará inmerso en el paradigma psicoanalítico de su tiempo, aquel que pregonaba que la neurosis, más allá de representar el conflicto entre diversos aspectos irreconciliables de la personalidad –aspectos morales y sociales, por una parte, y otros instintivos y egoístas, por la otra–, implicaba un predominio de los impulsos agresivos.

Racker insistió en la lucha contra lo tanático, una enseñanza nada ingenua, aunque sí idealista. En su versión monista de las manifestaciones de Thánatos, la destructividad, la agresión y la ira surgirán de la carencia, tanto en el paciente como en el analista mismo. Y si muchos colegas disintieron con esta postura, no sucedió lo mismo con su genial desarrollo de la teoría de la técnica.

Si en algo resulta actual el pensamiento de Racker, aparte de en su precisión conceptual y su descripción de la psicopatología, es en el noble reconocimiento de

nuestra implicación en la eterna lucha entre Eros y Thánatos, implicación que no depende de una época, sino de nuestro compromiso y sinceridad con aquello que reconocemos ser.

Referencias

- Asociación Psicoanalítica Argentina. (1961). Acto de homenaje a Enrique Racker realizado el 30 de mayo de 1961. *Revista de Psicoanálisis*, 18(3), 277-298.
- Bianconi, P. y Boari, D. (1997). *Los aportes de Heinrich Racker al psicoanálisis*. (Inédito).
- Bradbury, R. (2005). *Fahrenheit 451*. Buenos Aires: Debolsillo. (Trabajo original publicado en 1953).
- Cesio, F. (1985). Heinrich Racker. *Revista de Psicoanálisis*, 42(2), 285-304.
- Cesio, F. (1993). Heinrich Racker: El descubrimiento de la contratransferencia. Evolución del concepto. *Revista de Psicoanálisis*, 50(3), 627-635.
- Cesio, F. (2000). *La gesta psicoanalítica de América Latina: Historia del Movimiento Psicoanalítico Latinoamericano integrado en la Asociación Psicoanalítica Internacional*. Buenos Aires: La Peste.
- Cesio, F. (2001). Heinrich Racker. *Revista de Psicoanálisis*, 58(3), 665-668.
- Freud, S. (1988). ¡Grande es Diana Efesia! En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 366-368). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Haddad, G. (1993). *Los biblioclastas: El Mesías y el auto de fe*. Buenos Aires: Ariel. (Trabajo original publicado en 1990).
- Racker, H. (1952). Observaciones sobre la contratransferencia como instrumento técnico: Comunicación preliminar. *Revista de Psicoanálisis*, 9(3), 342-354.
- Racker, H. (1953). A contribution to the problem of counter-transference. *International Journal of Psychoanalysis*, 34(1), 313-324.
- Racker, H. (1955). Aportación al problema de la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 12(4), 481-499.
- Racker, H. (1957). Contribución al problema de la estratificación psicopatológica. *Revista de Psicoanálisis*, 14(3), 276-291.
- Racker, H. (1965). Carácter y destino. En H. Racker, *Psicoanálisis del espíritu: consideraciones psicoanalíticas sobre filosofía, religión, antropología, caracterología, música, literatura, cine* (pp. 21-40). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956).
- Racker, H. (1990a). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).
- Racker, H. (1990b). La neurosis de contratransferencia. En H. Racker, *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1948).
- Racker, H. (1990c). Los significados y usos de la contratransferencia. En H. Racker, *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (pp. 222-295). México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1953).
- Racker, H. (1990d). Sobre técnica clásica y técnicas actuales del psicoanálisis. En H. Racker, *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (pp. 41-110). México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).